

CAPÍTULO 1

A las nueve de la mañana el termómetro subió a cuarenta y dos grados. Aquel otoño estaba resultando particularmente caluroso para los madrileños, no acostumbrados a soportar temperaturas propias de un país africano. Los noticiarios, propensos por naturaleza al sensacionalismo, hablaban de récords históricos; pero lamentablemente en esta ocasión tenían razón. Hacía décadas que no se conocían temperaturas tan altas en Madrid.

Un fenómeno pasajero no habría inquietado a nadie si no fuese porque el aumento de la temperatura era constante. Cada año se batía una nueva marca atribuida al tristemente célebre efecto invernadero, aunque los más doctos apuntaban a un aumento de las manchas solares, el incremento del viento solar e incluso una autorregulación térmica del planeta, hartos de sus incómodos habitantes. Alguna secta religiosa, con una nueva interpretación computerizada de las profecías de Nostradamus, señalaba que el aumento de las temperaturas ya había sido predicho con claridad diáfana en una de sus cuartetos, al igual que la segunda guerra mundial, el asesinato de Kennedy, el conflicto nuclear entre India y Pakistán o el crack de la bolsa de 2023.

A Phil Abelson le traía sin cuidado quién tuviese la culpa. No era asunto de su incumbencia y él tampoco había creado aquella situación. De hecho, apenas le habría importado si no fuese porque el sistema del aire se había averiado, y eso *sí* le afectaba directamente.

Un remolino de espuma azul verdosa se estaba formando en la ribera opuesta del Manzanares. El olor nauseabundo del río se filtraba ladinamente a través de los resquicios de la

cristalera, para asaltar a traición las sensibles fosas nasales de Phil. No era una sensación agradable. Para mitigarla, había colocado una batería de ambientadores con olor a pino canadiense; pero el aroma fétido del Manzanares seguía invadiendo su oficina, introduciéndose en sus pulmones y polucionando su sangre.

El termómetro digital ascendió peligrosamente a cuarenta y tres grados. Las manchas de sudor de su camisa aumentaban de tamaño. Los tres ventiladores que zumbaban a su alrededor sólo conseguían batir el aire caliente de la habitación, creando una turbulencia en la cual él ocupaba el centro, pero le daba la impresión de que con eso sólo conseguía concentrar el calor en un solo punto.

Los papeles, sin embargo, no se movían, como si estuviesen pegados a la mesa. Ojalá el aire de los ventiladores se los hubiese llevado también, al menos así tendría una excusa para ir a darse una vuelta mientras su secretaria los volvía a ordenar.

Necesitaba un café para empezar la mañana. Sobreponiéndose a la tórrida pereza que le mantenía apelmazado en el sillón, se levantó y salió al pasillo.

—Buenos días, señor Abelson —le saludó la máquina de bebidas—. Espero que tenga una jornada provechosa.

Phil, incómodo por el circuito reconocedor del artefacto, gruñó y echó una moneda, pidiendo un café doble. El mecanismo le sirvió un vaso de plástico repleto de líquido humeante. El café abrasaba. Se había olvidado de especificar que lo quería frío. El brebaje, tras causar estragos al atravesar su tráquea, descargó con saña en el estómago todo su poder. La boca de Phil se contrajo en una mueca de dolor.

Desde el fondo del pasillo vio acercarse al encargado de publicidad del departamento, Lucas Asín. Phil tiró el resto del café a la papelera e introdujo otra moneda.

—Buenos días, señor Abelson. Espero que tenga una jornada provechosa —repitió estúpidamente la máquina.

—Una coca cola con mucho hielo.

—Disculpe, pero debe introducir una moneda adicional de 50 céntimos.

Lucas llegó hasta él, saludándole con sumisa cortesía.

—Necesito medio euro. ¿Me lo puedes prestar?

—Desde luego —Lucas se hurgó en los bolsillos. Se oyó un tintineo de llaves y calderilla—. Aquí tiene, jefe. Vaya día de calor nos espera hoy.

—Ojalá me hubiera quedado en Manchester. Allí hace más fresco.

—Menos mal que hoy repararán el aire acondicionado.

—Eso vengo oyendo hace una semana.

—Bueno, la máquina de bebidas no se ha estropeado —dijo Lucas simplonamente—. Siempre es un consuelo.

—¿Desea alguna bebida, señor Asín? —preguntó la máquina, ávida por captar clientes. Phil desconocía que aquel trasto pudiese entrometerse en una conversación para sacarles dinero. Quizás su programador no fuese tan idiota como él creía.

—No, gracias —respondió educadamente Lucas—. La agencia de publicidad ha terminado la maqueta del Rinoxón, señor Abelson. Si le parece bien puedo pasar por su despacho esta mañana y se la mostraré.

Phil echó un vistazo a su reloj.

—A las diez. Ahora tengo cosas que hacer.

Lucas desapareció silbando por el otro extremo del pasillo. No era muy inteligente, pensó, pero hacía lo que se pedía sin exigir cobrar horas extras. Inteligencia y eficiencia era una combinación rara.

Lanzó un eructo involuntario. La máquina no hizo ningún comentario, puede que no supiese discriminar sonidos no enlazados con fonemas, pero en cualquier caso debería tener más cuidado la próxima vez. Regresó a su despacho.

Los expedientes continuaban apilados en su mesa, esperando con paciencia a que se ocupase de ellos. Phil se dejó caer a plomo en el sillón giratorio, absorbido por la turbulencia de aire caliente. Tal vez si se ponía a trabajar un rato se olvidase del calor. No lo creía probable, pero se suponía que le pagaban para algo.

Su mirada vagó por las paredes de la habitación, buscando un objeto en el que entretenerse. No había demasiados, la Darrell Pharm era tacaña hasta en eso. La pared izquierda estaba decorada por un tapiz horrible que

representaba una escena de caza. Un jabalí huía presa del pánico de los mastines que trataban de darle caza. El jabalí estaba solo, y no se le veía precisamente ágil; los perros eran tres y le tenían rodeado. No era una pelea justa. Bueno, la vida tampoco lo era.

Deslizó su mirada hacia el frente. Enmarcado en una moldura de plástico negro, el emblema de la Darrell Pharm presidía la habitación. Phil lo aborrecía. Encontraba infantil que el símbolo de una empresa farmacéutica fuera una luna que por efecto del trucaje aparentaba ser una pastilla gigantesca. Por lo que sabía, la idea del nuevo logotipo de la Darrell Pharm había sido idea del antiguo y defenestrado director de Marketing, Félix Sáez. Éste había sido cesado por orden de la sede de la Darrell Corporation en Manchester, y Phil había ocupado su puesto. Cuando las órdenes comenzaban a dictarse desde la central era síntoma de que las cosas no iban bien para la Pharm. Pero todo cambiaría a partir de ese momento, para eso le habían mandado a España. Y empezaría por el logotipo, dejando claro desde el principio quién tiraba de las riendas en aquella cochambrosa empresa. Puede que Lucas, si se le azuzaba un poco, tuviese alguna idea brillante que utilizar. El joven era un poco lerdo, pero tenía cierto talento creativo que le podría venir muy bien.

Agitó ausente los cubitos de su coca cola. El tamaño de éstos decrecía a una velocidad alarmante; algo que por desgracia no sucedía con el montón de papeles que cubría su escritorio.

Cogió el primer expediente de la pila de la izquierda y leyó la portada: "Cilobimine granular. Director equipo laboratorio: Dr. Leo Briz". Abrió la carpeta y leyó el primer párrafo, escrito en una jerga oscura, solo al alcance de iniciados, que hablaba de núcleos inhibidores de la biosíntesis, de mucopéptidos, paredes celulares y así durante cincuenta folios impresos a dos caras y un espacio. Aún en el supuesto de que consiguiese acabárselo no iba a enterarse de nada. Él era abogado, no médico, y los jefes de la Darrell Corporation lo sabían. Si hubieran querido nombrar a un médico para el departamento de marketing de la Pharm habrían ascendido a Leo o a algún sesudo científico. Pero eso sólo hubiera

conseguido acelerar el final de la Pharm, y Manchester lo sabía. Aquí sobran muchas batas blancas que habían vivido ociosamente hasta ahora. Phil haría que todo cambiara.

Tal vez fue en ese momento, en aquella habitación bochornosa que olía ligeramente a huevos podridos, cuando comenzó a rumiar su plan relámpago para reflotar la Darrell Pharm, aunque ni él mismo era consciente de ello. Pero en su subconsciente, el interruptor de un retorcido mecanismo había dado la señal de contacto. Phil podía dedicar parte de su cerebro a la lectura de aquellos incomprensibles expedientes, y la otra a considerar estrategias de actuación a corto plazo, como un procesador en paralelo.

Mientras esta zona de su cerebro trabajaba a toda velocidad, pensó en un método expeditivo para liquidar los expedientes en el menor tiempo posible. Informaría favorablemente los proyectos que empezasen por la A hasta la M; los restantes los rechazaría sin más. Así de fácil. Si los rechazaba todos de plano, como era su propósito inicial, tendría que dar demasiadas explicaciones. El doctor Briz, que figuraba en las portadas de las carpetas como director científico, tendría razones más que fundadas para sospechar que Abelson estaba tramando algo contra él, y le giraría una visita para conocer sus motivaciones. Abelson no estaba aún en condiciones de revelarlas, y no tenía la menor intención de darle ventaja a aquel vejstorio, principal culpable de la ruina de la división farmacéutica de la Darrell.

En la última hoja del expediente del Cilobimine escribió el conforme y lo rubricó. Cogió otro de la pila y observó que llevaba por título "Tenocoidal, grageas". No tenía la menor idea de lo que era ese potingue, pero en la última página escribió decididamente: "al Sr. Blaya, director general. Este departamento de marketing ha sopesado minuciosamente los estudios de mercado efectuados sobre el proyecto que se nos somete a informe. Sin embargo, y en base a consideraciones comerciales, desaconsejamos el lanzamiento del producto. No obstante, usted resolverá. Fdo.: P. Abelson".

Con un rotulador rojo subrayó dos veces la palabra "desaconsejamos", no fuese que la secretaria de Blaya, tan incompetente como su jefe, lo pasase por alto.

Dio otro sorbo al refresco. Los cubitos de hielo habían desaparecido hace rato y la bebida estaba caliente. Phil eructó de nuevo. En realidad, no le gustaba la coca cola, le producía flatulencia, eso sin contar con los efectos corrosivos sobre el esmalte dental. Tiró el vaso a la papelera e intentó concentrarse en los papeles. Su sistema de quitarse expedientes de encima no era muy brillante, Leo lo descubriría fácilmente. Quizás si intentase con números primos o barajando las carpetas conseguiría mejores resultados.

—¿Señor Abelson? —el cuello elástico de Lucas Asín se asomó por la puerta, como una jirafa curiosa.

—Estoy ocupado —masculló Phil.

—Me dijo que pasase a las diez. La maqueta del Rinoxón, ¿se acuerda?

Había transcurrido una hora y no se había dado cuenta.

—Gracias por recordármelo, Lucas. Está bien, veamos qué me has traído.

Asín cruzó en dos zancadas el despacho.

—Siéntate, por favor —Phil se sentía incómodo hablando con su interlocutor de pie. Era como dirigirse a la lámpara del techo.

Lucas plegó su cuerpo a requerimiento de su jefe, encogió las piernas y se sentó con dificultad en el sillón de estilo futurista que Phil reservaba a los visitantes molestos, y que no había costado a la empresa ni cien euros devaluados.

—He traído conmigo las pruebas para las vallas callejeras —dijo el empleado, abriendo la carpeta—. Creo que ofrecen un buen contraste.

Phil examinó las fotografías con el ceño fruncido. En todas aparecía de un modo u otro la silueta de la luna en forma de pastilla, herencia de su antecesor.

—Además, hemos terminado el anuncio de veinte segundos para la televisión —Lucas intentó cruzar las piernas, pero el diseño del sillón le hizo desistir de su intento—. Podemos verlo ahora, si lo desea —sugirió, esperanzado por liberarse de aquella tortura.

—Está bien, como quieras.

Pese al cuidado que puso al levantarse, Lucas estuvo a punto de dar con sus posaderas en el suelo.

—Pon esa grabación de una vez —gruñó Phil—. No tengo todo el día.

El anuncio comenzaba con el primer plano de una ciudad gris. Por las calles soplaban ráfagas de viento polar, la gente estornudaba y tosía bajo un cielo cubierto de nubarrones siniestros. La voz del narrador comentaba los efectos del resfriado común. Apasionante, bostezó.

—Fíjese en las nubes —dijo Lucas—. Es un truco espléndido, se lo encargué a una empresa de infografía del centro.

Una nave espacial irrumpió en el escenario. Phil se preguntó qué relación existía entre la nave y un vulgar medicamento para el resfriado.

—Oye, Lucas, ¿a qué viene esto?

La aparición fue acompañada por aparatosa música orquestal y los nubarrones empezaron a disolverse. La nave resultó ser una caja gigantesca de comprimidos que descargó una lluvia de pastillas sobre la ciudad, con mágicos efectos sobre la población, que saludaba feliz al cielo a la par que arrojaba los pañuelos y sonreía a la cámara. El sol destelló en el horizonte y un arco iris de colores chillones cruzó el firmamento. El anuncio se cerró con el logotipo sobreimpresionado de la Darrell Pharm que Phil conocía tan bien.

Ridículo, no le extrañaba que con anuncios así la Pharm estuviese al borde de la quiebra. La Darrell se lo tenía merecido por elegir a la federación española para asentar su división farmacéutica.

Lucas regresó al sillón para visitantes molestos y esperó el veredicto con temor.

—¿A cuánto ascienden los honorarios del estudio de efectos especiales? —sin esperar la respuesta, Phil añadió—. No pensarás que a la Pharm le caen los billetes del cielo, como a esos bobalicones del anuncio les llueven comprimidos.

Lucas agachó la cabeza.

—¿Qué piensas que puede pensar el público cuando vea este anuncio? ¿Realmente crees que confiará en nuestros productos, que inspiramos una imagen seria? ¿O nos tomará por memos?

—Al señor Sáez le gustaban los anuncios espectaculares —dijo Lucas, a modo de disculpa.

—Sé lo que le gustaba a ese mamarracho. Por eso lo echaron —se contuvo. Tampoco quería presionar demasiado a Lucas, puede que no tuviera toda la culpa, la mala influencia de Sáez le había afectado a su capacidad crítica—. No sé qué es lo que habéis estado haciendo en este departamento antes de que yo llegase, pero te aseguro que las cosas van a ser muy distintas a partir de ahora.

Lucas asintió con pesar. Phil estuvo a punto de reconsiderar su postura, un anuncio tan mediocre no desentonaría entre la basura que la televisión emitía a diario, y el dinero invertido en su confección serviría para algo. Pero si lo hacía demostraría debilidad ante Lucas, y eso no podía permitirlo. Aún a costa de que la Pharm perdiese unos cuantos miles de euros.

—Quiero que empieces otra vez desde el principio. A partir de hoy, los productos que salgan de nuestros laboratorios inspirarán respeto, no risa. Tenemos que recuperar el prestigio que hemos perdido, ¿lo entiendes?

Su subordinado volvió a asentir en muda respuesta. Phil agregó:

—Ve al departamento de investigación y elige a un tipo con gafas que tenga pinta de sabelotodo. Escribe un guión corto y se lo das para que se lo aprenda de memoria. Tendrá que demostrar científicamente en veinte segundos que el Rinoxón no es un medicamento más para el catarro, sino un fármaco revolucionario que quita la fiebre, destruye el virus y acaba con la congestión nasal. Probará sus afirmaciones con gráficos y estadísticas. Mañana por la mañana me presentarás un estudio preliminar.

Lucas se levantó del sillón, movido por un resorte, pero esta vez no perdió el equilibrio. Phil sonrió para sus adentros.

Al quedarse solo, los expedientes volvieron a acosarlo. La idea de los números primos o de rechazar los que comenzasen por determinadas letras ya no le parecía buena; era más propia del inepto de Sáez que de él. Debería rechazarlos todos de una tacada, seguro que allí no se escondía ningún medicamento interesante, nada que pudiese convertirse

en una fuente de ingresos que quitase las telarañas a las arcas de la Darrell Pharm.

Pero eso le conduciría a un choque directo con el doctor Leo Briz. Phil no lo deseaba todavía, pero por otra parte era un enfrentamiento inevitable. Necesitaba escoger sus armas o aquel carcamal le destrozaría en el primer asalto.

Leo era la causa evidente de todos los males; si enviaba un proyecto a marketing, salía aprobado invariablemente. Blaya, el director general y a la sazón amigo íntimo de Leo, se limitaba a dar el visto bueno. Eso es lo que había ocurrido hasta ahora.

Phil cumpliría las directrices de Manchester, y no le importaba el precio en empleados que esto pudiese reportar. La corporación Darrell no podía permitirse que su división de farmacia perdiese dinero, y la vicepresidenta Alice Zuckerman había depositado en él toda su confianza. Cualquier sugerencia suya referente a una remodelación en los cuadros de la Pharm sería escuchada con atención.

Remodelación de la que no escaparía ni siquiera Carlos Blaya.

Pero éste no era un objetivo inmediato; Leo sí. Miró el tapiz del jabalí y sonrió. No, la vida no era justa, y el jabalí había nacido con su destino clavado en el lomo. Phil también, y no precisamente en el papel de víctima.

Los enemigos de Leo debían contarse por docenas, sus palabras eran el catecismo para los demás investigadores y cuestionarlas llevaba al ostracismo del rebelde, al cambio de destino o al despido en casos especialmente graves. Leo contaba en todas sus decisiones con el apoyo de Blaya, y hasta participaba ocasionalmente en las partidas de Monopoly que el director general organizaba en su casa a escondidas, pero que todo el mundo en la empresa conocía para mayor bochorno de ellos.

Entre los técnicos a las órdenes de Leo debían encontrarse profesionales con proyectos audaces, talentos que su conservadurismo autocrático había anulado. Era en esos técnicos jóvenes, y no en el pellejo arrugado y gris de Leo, donde se encontraba el futuro de la Darrell Pharm.

Phil sólo tenía que buscarlos.

—¿Puedo pasar?

Raquel entró en el despacho sin esperar contestación. A otra empleada no le habría tolerado ese descaro, pero Raquel no era una más. Era su secretaria, y ese cargo conllevaba en la Pharm ciertas obligaciones y contrapartidas no escritas, pero perfectamente conocidas por ambas partes.

Raquel depositó en la mesa de Phil un grueso fajo de papeles y dejó entrever un voluptuoso escote, que él no pasó por alto.

—¿Algo urgente? —inquirió, animado por el aire fresco que acababa de entrar en su despacho.

Raquel le mostró una carpeta amarilla.

—Dos demandas civiles y una querrela criminal por infracción de la propiedad industrial. Nuestro gabinete jurídico ya se está encargando del caso.

Phil miró la carpeta con desidia.

—¿De qué se trata ahora?

—El nuevo logo nos causa problemas.

Lo sabía. Ese cretino de Sáez otra vez.

—Una fábrica de quesos de Holanda nos demanda por utilización ilegítima de su emblema. Una compañía de pelotas de tenis nos acusa de emplear el distintivo de su firma sin autorización, y en cuanto a la tercera, es precisamente una empresa farmacéutica. Las tres utilizan una imagen trucada de la Luna como imagen corporativa.

—Creía que con el Sistema de Información Activa, esas cosas eran imposibles.

—Imposibles o no, las demandas están ahí, Phil. Tal vez los demandantes y nosotros registramos el emblema al mismo tiempo; aunque a veces se produce un desfase en el proceso de registro electrónico, que se incrementa con las diferencias entre legislaciones internacionales. Todos estos factores reunidos pueden representar un mes de incertidumbre hasta que el logo llega al SINAC de las Naciones Unidas para ser registrado.

Abelson observó sin recato los pronunciados pechos de Raquel, que subían y bajaban al compás de sus explicaciones. Habría sido una buena abogada, pensó. Raquel tenía facilidad de palabra.

—Entre todos terminaréis ahogándome con tantos papeles —protestó él.

—Deberías estar acostumbrado. A los abogados les encantan los papeles. Nadan en ellos.

Phil se imaginó una piscina llena de formularios con él en la superficie. ¿Aguantarían su peso?

—No, sé, Raquel, ¿crees que me hundiría si me tirasen a una piscina llena de impresos?

Ella lo miró con sorpresa.

—No creo que esa situación pueda presentarse en la vida real.

—¿Por qué no? Fabrican bocadillos de cien metros de largo para salir en el Guinness.

—Bueno, no lo sé. Realmente me importa muy poco eso ahora. ¿Qué vas a hacer con las demandas? ¿Vas a echarles un vistazo o las llevo al gabinete jurídico?

—A ti qué te parece. Tengo la mesa atestada, dales un poco también a ellos —se encogió de hombros—. El SINAC tendrá la última palabra, así que para qué preocuparse. Necesito estirar un poco las piernas. Vamos a tomar algo, este calor me está matando.

Diez minutos después se encontraban frente a dos copas de helado en la barra de un bar. Raquel había pedido que la suya tuviese tres bolas y una orla de guindas.

—No sé cómo puedes comer tanto y tener esa figura —dijo él—. Francamente me das envidia.

—Es el metabolismo —dijo ella. Hay personas que tienen tendencia a engordar, y otras eliminan las grasas con más eficiencia, no importa lo que coman. Supongo que yo pertenezco a estas últimas.

—Todo se reduce entonces a una cuestión de eliminación de residuos, ¿no?

—Supongo que debe ser eso. Las grasas no se depositan en el cuerpo, éste se encarga de hacerlas desaparecer. Alguien patentó hace tiempo una proteína que destruía los lípidos, pero no funcionó porque también destruía masa muscular.

Phil se masajeó la barbilla, con una incipiente papada. Mordió una guinda.

—Háblame del antiguo director de marketing —pidió.

—No era mal jefe. Quizás un poco meticuloso, pero manteníamos un trato cordial con él. La verdad, nos sorprendió que Manchester obligase a Blaya a destituirlo.

El bar se estaba llenando de gente. Era la hora del café, y los oficinistas salían en manada de sus madrigueras para consumir su tiempo reglamentario de desayuno.

—¿Cuáles eran las relaciones de Sáez con el doctor Briz?

—Que yo sepa, buenas —confesó Raquel.

—Tal vez hubo algún roce entre Sáez y Briz a causa de proyectos que aquél rechazó. Entre dos personas que llevan mucho tiempo en la misma empresa, es normal que esto ocurra.

—Sáez jamás rechazó un solo expediente que viniera del departamento de investigación.

Ya lo imaginaba, pensó Phil.

—Él confiaba plenamente en el doctor —Raquel terminó su helado.

—Pero en general, ¿qué se comenta de Briz? —insistió—. Me refiero al resto del personal.

Raquel miró su reloj y buscó en su bolso un objeto que no encontró.

—Es hora de volver al trabajo —dijo.

—El jefe no te echará la bronca, tranquila —sonrió él.

La mujer le devolvió la sonrisa y volvió a hurgar en el bolso. Sacó un encendedor y cigarrillos.

—No me gusta hablar mal de las personas que no están presentes y no pueden defenderse —admitió ella.

—Actitud elogiabile.

—Verás, yo no he trabajado directamente a las órdenes de Leo, pero las malas lenguas dicen que es un negrero. En laboratorios comentan que los trata como si fuesen esclavos. Desde luego, exageran.

Abelson pagó la cuenta y regresaron al trabajo, con el convencimiento de que Leo era el mal bicho que había intuido, y que debía efectuar los trámites para un relevo generacional que inyectase nueva savia.

No sería tarea fácil. Leo podía ser un viejo anquilosado, pero no podía ser sustituido por cualquier petimetre con

ambiciones. Lamentablemente, Phil llevaba sólo un mes en la Pharm y no conocía personalmente a todos los empleados.

Tampoco podía esperar mucho tiempo o Manchester se impacientaría y buscaría a otro. Al enviarle a Madrid, deseaban resultados espectaculares y rápidos, cambios que se tradujesen en beneficios, eso era lo único que les importaba. Ya había dejado pasar un mes y la Pharm seguía con la misma actividad indolente de siempre. El tiempo corría en su contra, y si no hacía algo, la primera cabeza que rodaría sería la suya.

Con las pastillas para la tos no conseguiría beneficios, y estudiar los expedientes que Leo le enviaba era un desperdicio de tiempo. Tendría que dejarlos definitivamente de lado para concentrar sus esfuerzos en la dirección de la rentabilidad.

Al entrar en su despacho, se dirigió a su ordenador personal, Percival. Encendió la pantalla con una orden verbal y recitó su clave personal. La máquina lo saludó con un tono jovial.

—Buenos días, señor Abelson. Preparado para cumplir sus órdenes.

Así tenían que ser todos los empleados, pensó. Dóciles, eficaces. Percival jamás había cometido un error.

—Vamos a trabajar un rato. Un rato bastante largo.

—Servirle es mi mayor deseo, señor.

Los dedos de Phil tamborilearon en la mesa, mientras la zona de su cerebro que había estado trabajando en segundo plano tomaba el control.

CAPÍTULO 2

Axel Valls observó con preocupación el indicador del combustible, mientras conducía su anticuado Rover por la avenida principal de Tres Cruces, la nueva metrópoli del oeste madrileño que englobaba tres poblaciones periféricas unidas por la expansión de la ciudad. Recordaba haber gastado el último cupón de gasolina en un viaje a la capital la semana pasada, para recabar información acerca de un reportaje sobre cría de canarios. No era el tipo de artículos que merecían un Pulitzer, pero era todo lo que podía permitirse el Tribuna Cruces, un periódico local de pequeña tirada que se negaba a llenar sus páginas con informaciones de asesinatos en serie, choques múltiples y rumores de subidas de impuestos. La mayoría de los reporteros que habían podido buscarse un empleo mejor se habían ido ya a Madrid o a otros territorios menos calurosos. En la redacción sólo quedaba él y un trío de crápulas que, a falta de otra cosa mejor que hacer, vegetaban frente a las pantallas de ordenador y de vez en cuando escribían algo interesante, lo cual sucedía en muy extraños días.

Las ruedas chillaron cuando Axel pisó el freno para no atropellar a dos ancianas que, de improviso, surgieron de una esquina y se plantaron en mitad de la vía. Las viejas clavaron una mirada asesina en Axel, profirieron insultos varios, sus dentaduras postizas castañetearon agresivamente y finalmente siguieron su camino.

Su próxima parada sería el Ayuntamiento. Tenía que entrevistar al concejal de tráfico acerca de un nuevo modelo de grúas que el consistorio de Tres Cruces había adquirido. El hecho no habría levantado el interés de los contribuyentes si

no fuese porque se aseguraba que las grúas eran capaces de volar.

No le fue fácil aparcar. Los lugares reservados a coches oficiales estaban vacíos, pero el resto se hallaba repleto. En su tercera vuelta por la zona descubrió un hueco que se apresuró raudo a ocupar, y que a punto le costó un encuentro con un Volvo negro que surgió de la nada, y que fue directo a embestirle. Axel pisó el acelerador y su coche entró justo a tiempo de evitar el choque. El vehículo agresor paró un momento tras él y seguidamente arrancó con violencia, levantando parte de la gravilla del asfalto.

Cogió su bloc de notas y entró en el edificio municipal. Le avergonzaba presentarse en las entrevistas con un vulgar cuaderno de papel, pero sus ingresos no le alcanzaban a mucho más.

El diseño del Ayuntamiento era funcional, con esculturas móviles y fuentes de curiosas formas en un jardín futurista que había costado un buen montón de dinero a los ciudadanos. Escondió su bloc en el bolsillo y mordió distraídamente la punta del bolígrafo, mientras se aproximaba a una escultura en forma de pierna con hojas moldeadas como manos de cuatro dedos, reveladora del cuestionable gusto artístico de los ediles.

A sus espaldas escuchó una voz desagradable. Era el palurdo de Saldaña, que como siempre venía a pisarle la noticia. No había venido solo, un joven con la cara llena de barrillos y pinta de universitario en prácticas, sostenía una pesada cámara de holovisión encima del hombro derecho. Axel no mostraba ninguna simpatía por Saldaña, y a pesar de haber oído perfectamente el graznido de su voz siguió mirando la escultura móvil. Los dedos de una de las manos en forma de hoja parecían estar moviéndose por la brisa que entraba de la calle. Manos de cuatro dedos. En algunos lugares de la Tierra todavía se amputaba a los culpables de robo. Primero se les seccionaba el pulgar como advertencia, y si reincidían, la mano. Tal vez aquella repelente escultura escondiese un mensaje subliminal para aquellos contribuyentes que intentasen defraudar al consistorio.

Saldaña se acercó. Intercambió un par de palabras con él, pero era evidente que había venido a lo mismo, y ambos hicieron tiempo hasta que se hizo la hora concertada para la entrevista con el concejal de tráfico. A su lado, el joven sudaba tomando inútiles planos del vestíbulo por indicación de su jefe.

Subieron al sexto piso. La secretaria del concejal apenas les hizo esperar un par de minutos. Larrey, un tipo bajo y calvo, algo rechoncho y sonrosado, les hizo pasar afectuosamente a su despacho. Había café, tostadas y zumo de naranja en una mesita de mármol. Larrey quería causarles una buena impresión para que fueran indulgentes al escribir sus respectivas crónicas. El cámara encendió la iluminación y tomó una imagen general del despacho. No había taza para él.

—¿Está grabando ya? —dijo el concejal Larrey.

—Son pruebas —contestó Saldaña—. Descuide.

—En ese caso, creo que empezaré con la entrevista para el Tribuna Cruces, si me lo permiten.

Axel sacó su bloc de papel, observando por el rabillo del ojo cómo el concejal alzaba una ceja y Saldaña sonreía.

—Mi agenda electrónica está sin batería —murmuró, pasando apresuradamente las hojas hasta que encontró la lista de preguntas que llevaba preparadas—. Mi periódico ha tenido noticia de que van a renovar el parque municipal de grúas por completo, y se rumorea que las nuevas unidades son capaces de volar. ¿Es eso cierto, concejal?

—Hace unas semanas, con ocasión de una visita a Tokio, conocí al director del departamento de tecnología espacial de Daigo Limited. Descubrí que estaban desarrollando un sistema de levitación electromagnética para los cohetes. El proyecto aún tardará un par de años en completarse, pero ya se pueden obtener aplicaciones prácticas. Tres Cruces será el primer lugar del mundo que contará con los primeros prototipos de grúas dotadas de esta nueva tecnología.

—¿No supondrá la compra de las nuevas grúas un gasto excesivo para el municipio?

—En absoluto. Al tratarse de una tecnología experimental, Daigo Limited nos ha dejado las unidades a

precios ventajosos. Están muy interesados en comprobar el funcionamiento práctico de su invento y necesitan someterlo a prueba en la vida real antes de aplicarlo a la ingeniería aeroespacial. Verá, las grúas volantes, a diferencia de las actuales, no causan desperfectos en los vehículos que capturan. No se imagina la cantidad de quejas que recibimos a diario de los vecinos a los que se retira su coche de la vía pública, ocasionándoles daños durante el traslado al depósito.

—¿Podría explicarnos cómo funcionan las grúas?

—La levitación se obtiene mediante un campo de interferencia, alimentado por un generador electromagnético de alta potencia. Se focaliza parte del campo de irradiación en un punto situado en la base de la grúa y se levanta el automóvil sin desperdicio de energía —el concejal consultó su reloj—. Me temo que esta mañana voy un poco justo de tiempo. ¿Tiene ya suficiente para su crónica? Si desea más datos, puedo remitirle más información a su periódico por correo electrónico.

—Tengo suficiente, gracias.

—Bien. Es su turno, Saldaña.

El reportero sacó un flamante ordenador del grosor de una hoja de papel, sonrió al cámara —supuestamente para desentumecer músculos faciales antes de que comenzase a grabar—, y dirigió al concejal una sonrisa lobuna. Larrey entornó los ojos. Tras un par de preguntas introductorias, en las que el concejal se dedicó a exponer las virtudes de las grúas japonesas, Saldaña sacó sus uñas.

—Tengo en mi poder unos informes acerca del sistema de levitación de Daigo Limited. Según mis fuentes, ese sistema no es original.

Larrey tartamudeó, pero antes de que consiguiese articular una réplica, Saldaña añadía:

—Para ser más exactos, la universidad de Cornell patentó hace un mes un generador electromagnético de interferencia, de funcionamiento sospechosamente similar al que usted nos ha descrito, concejal. ¿Es usted consciente de la responsabilidad en que incurriría nuestro ayuntamiento por ayudar a difundir un invento que infringe las leyes de la propiedad intelectual?

—Yo... no tenía conocimiento de...

—La universidad de Cornell es la propietaria legal de ese artefacto, y planea interponer en breve una demanda por violación de sus derechos. Pero déjeme decirle más: también ha decidido no explotar todavía su invento porque lo considera peligroso.

Desde un rincón, Axel observaba fascinado cómo su colega llevaba la entrevista. Saldaña había venido armado hasta los dientes al despacho, los datos relampagueaban en su ordenador extraplano, con gráficos tridimensionales en color que luego serían incluidos en el montaje de la entrevista junto a la cara del descuidado concejal, que no atinaba más que a tartamudear estúpidamente mientras Saldaña lo despedazaba a conciencia. Nadie se molestaría en leer el artículo de Axel en el Tribuna Cruces después de ver la entrevista. Sería utilizado para envolver bocadillos.

Debía volver a la redacción y alegar cualquier excusa a su jefe.

Pero no se levantó. La curiosidad morbosa le amarraba a su asiento.

—El levitador de interferencia —continuaba Saldaña— se alimenta por un generador de alta potencia. La radiación electromagnética residual sería tan elevada que afectaría al funcionamiento de los aparatos eléctricos que se hallasen en los alrededores.

—No, eso no es cierto —dijo Larrey sin convicción.

—Para que lo entiendan nuestros espectadores, si por casualidad una grúa de Daigo Limited pasase por encima de su casa, tendrán serios problemas con el pavo que tengan en el microondas: quedará carbonizado, si es que no explota y encuentra sus restos decorando las paredes de la cocina. El frigorífico empezará a perder agua por la parte trasera, el lavaplatos reducirá a polvo su preciosa vajilla antes de que logre desconectarlo. El...

Larrey se hundía en el sillón progresivamente, mientras Saldaña continuaba sin piedad con su relato. Quizás al concejal no le habría importado que una mano hubiera brotado del interior del sillón y se lo hubiera tragado.

La entrevista se había convertido en un monólogo, ocasionalmente Larrey pronunciaba monosílabos que eran sistemáticamente anulados por Saldaña y su ordenador. Probablemente muchos de los datos que éste citaba eran fruto de su imaginación, pero para cuando éstos se desmintiesen, si algún día llegaban a desmentirse, sería demasiado tarde para el político.

—Muchas gracias por su tiempo, concejal —dijo Saldaña—. ¿Desea añadir algo más?

Larrey aspiró hondo y se alisó el traje, recuperando una porción infinitesimal de su dignidad.

—Si es cierto lo que usted me ha dicho, seré el primero en oponerme a las nuevas grúas. Personalmente opino que no hay razones objetivas para alarmarse. Confío plenamente en Daigo Limited, y su sistema es diferente del de esa universidad americana que me ha citado.

Saldaña hizo una seña al cámara para que dejase de grabar, se despidió apresuradamente del concejal y se marchó seguido por la sombra de su ayudante. Al estrechar la mano a Larrey no se había atrevido a mirarle directamente a los ojos.

Axel se acercó a la mesa del político, que se había olvidado ya de él.

—Bueno, yo también me voy —dijo el periodista.

Larrey levantó la cabeza.

—Ah, usted.

—Esperaba a que mi colega acabase su trabajo para despedirme.

—¿Su trabajo? —Larrey hizo una mueca—. ¿A qué llama usted trabajo? Sabe perfectamente que todo lo que ha dicho es una sarta de mentiras. Conozco a la gente como él, se oponen sistemáticamente al progreso —se interrumpió—. Supongo que debería callarme delante de usted. Saldaña es compañero suyo, así que todo lo que diga podrá utilizarlo en mi contra en el artículo que va a escribir en su diario.

—No.

—¿Después de lo que ha oído aquí hablará bien de mis grúas?

—Tampoco. No voy a escribir ningún artículo.

—En ese caso, ¿para qué ha venido?

—Cuando entré aquí tenía intención de escribirlo, pero ahora he cambiado de opinión. Saldaña no ha sido justo con usted, debería haberle avisado previamente de la información que poseía y darle una oportunidad para rebatirlo. Señor Larrey, esta entrevista le causará mucho daño, y por mi parte no voy a incrementarlo.

—¿Qué le dirá a su jefe cuando le vea volver con las manos vacías?

—No se preocupe por eso.

—Oh, claro que me preocupo; mi trabajo aquí consiste en preocuparme por los problemas de la gente —le mostró una carpeta verde que tenía encima del escritorio—. Traje esto de Tokio.

Axel examinó los documentos que contenía, diagramas y bocetos de extraños artefactos voladores.

—Saldaña no es un mal reportero —reconoció el concejal—, pero le falta visión de futuro. Los generadores de antigraavedad cambiarán nuestras vidas en los próximos años, será una revolución sólo comparable a la de la máquina de vapor. Estos ingenios están ahora en el papel, pero mañana volarán por encima de las nubes. El progreso es una constante en nuestras vidas, no tiene sentido oponerse a él —sacó uno de los bocetos y lo colocó sobre la mesa—. Por ejemplo, este aeromóvil biplaza que Daigo tiene en estudio. Será el fin de los atascos, aparte de un montón de ventajas adicionales. ¿Le gustaría tener uno?

—Y quién no —Axel se preguntó si aquel ofrecimiento no encubría un intento disimulado de soborno. Si lo era, Larrey iba a descubrir lo fácil que resultaba comprar al reportero de un periodicucho local.

Pero no lo era. Larrey guardó el diagrama y reanudó sus críticas a Saldaña.

—Su colega cometerá un error tremendo al criticarme, es del tipo de personas que en el siglo diecinueve juraban que los aviones eran físicamente imposibles o que los trenes sobre raíles no tenían futuro porque se incendiarían a causa de la fricción con las vías.

El teléfono sonó. Larrey pulsó el conmutador de ocupado, sin atender la llamada.

—Mire, Axel, si lo desea puede quedarse durante unos días con esta carpeta. Es información de primera mano, y puede escribir un reportaje fenomenal con todo esto. Para individuos como Saldaña resulta más fácil calumniar al tun tun que hacer un trabajo constructivo. La gente está deseosa de recibir buenas noticias. Usted puede dárselas, anticiparles el futuro que está llamando a sus puertas. Hemos llegado a la Luna y a Marte, aunque algunos todavía sostengan que fue un montaje. Su pavo seguirá en su microondas asándose de una pieza aunque una grúa sobrevuele su casa en ese instante, se lo garantizo.

Larrey lo acompañó hasta la puerta, dándole paternaes palmadas en la espalda. Axel sabía que trataba de aprovecharse de él, pero no le importaba, porque él iba a salir ganando, y además Saldaña no le caía bien. Podría escribir un buen reportaje con el material que le había entregado y de paso ridiculizar a su colega.

Reconfortado con estos pensamientos, entró en el coche. El motor emitió una tos asmática, y la luz de la reserva parpadeó insistentemente. Tendría que esperar a que cobrase el sueldo del mes, lo cual podría ocurrir con suerte dentro de tres o cuatro meses, a menos que llorase un poco a sus vecinos para que le diesen algún bono de gasolina.

El bloque de apartamentos Vesubio, donde vivía, estaba en lo alto de una loma bastante modesta, pero con la suficiente pendiente para que la tracción de su recalcitrante coche le amenazase con dejarlo en mitad de la pendiente. Por esta vez subió la cuesta, pero al aparcarlo emitió un chirrido siniestro y se le caló el motor antes de que retirase la llave de contacto, con una sacudida que abrió la guantera y desperdigó todos los sobres de azúcar para el desayuno que Axel guardaba.

En su cocina le esperaba un menú de lo más sugerente, una lata de buey gelatinoso rodeado de pasta que debía ser arroz blanco, si la etiqueta no estaba equivocada.

—Hola, Axel, ¿cómo te ha ido?

Héctor, su ordenador doméstico, se conectó al dar las luces del salón. Aquella máquina era lo único que le había impedido hasta ahora no volverse loco dentro de una pocilga de cincuenta metros cuadrados.

—¿Ves el aspecto de este engrudo? —Axel puso encima de la mesa el plato calentado en el microondas—. Es una representación gráfica de cómo me ha ido hoy.

—No entiendo tu terquedad en comprar comida enlatada. Preparándola tú saldría más barato.

—Y perdería más tiempo, cosa que no tengo. Eso suponiendo que supiese cocinar.

—Bueno, tampoco sabes escribir y sin embargo...

—Cállate.

Axel puso en el equipo de música un disco de *Amigos perdidos*, un conjunto de jazz que había gozado de gran éxito hace tres años. Antes de que el Sistema de Información Activa entrase en funcionamiento, claro.

—Tengo que escribir el reportaje de los canarios para mañana. Escanearé las notas que he ido cogiendo y tú lo redactarás. Para lo que me pagan en el periódico, no voy a molestarme en hacerlo personalmente.

—Es un error —le contestó Héctor—. Escribir es como tocar el piano, los dedos se entumecen si dejas de practicar. Desde que descubriste mi algoritmo de creación inteligente de documentos, tu entumecimiento no ha parado de consolidarse. Ya no se te ocurren buenas ideas.

—¿Acaso importa? —Axel se atragantó con una astilla de hueso.

—Claro que importa.

—Cualquier idea que se me ocurra ya ha sido pensada y repetida una y mil veces, no importa lo extravagante que sea.

—Eso es biológicamente cierto. Las ideas son producto del intercambio químico entre neuronas, y el poder asociativo de éstas es limitado. Sin embargo, el mérito consiste en expresar las ideas como si nunca antes hubieran sido expuestas por otro.

—Supongo que los ordenadores tenéis ventaja sobre nosotros a la hora de crear historias. Podéis saber hasta qué punto podéis repetiros y cuándo la historia supone un plagio desde el punto de vista legal.

—Y yo supongo que toda esa charla trata de encubrir tu incapacidad para acabar la novela sobre la secta satánica en la que llevas trabajando más de un año. Echar la culpa al SINAC

o a las máquinas de tu incapacidad creativa es muy cómodo, Axel, pero a cualquier niño de diez años se le ocurriría un argumento más original. La secta satánica es uno de los temas más trillados en el largo catálogo de temas sin gancho.

Héctor había comenzado la subrutina API (asedio psicológico implacable). Axel subió dos puntos el volumen de la música, pero el ordenador, que controlaba todos los aparatos eléctricos de la casa, se encargó rápidamente de bajarlo.

—Por qué tienes que recordarme constantemente lo mal que escribo —se lamentó el periodista.

—Hace trece días decidiste seleccionar esa opción en la configuración API.

—Lo sé.

—Y si no fuera yo quien te lo recordase, ¿quién se tomaría la molestia de hacerlo? No recibes muchas visitas, y no me cuesta trabajo adivinar por qué.

—Oh, gracias, gracias —murmuró, masticando un trozo negro de grasa de buey—. Supongo que en el fondo soy un masoquista. Hay que serlo para seguir trabajando en el Tribuna Cruces y tenerte a ti de compañero para recibirme.

—Está bien, te ayudaré a escribir el artículo de los canarios —accedió Héctor—. Dudo que alguien en Tres Cruces vaya a leerlo, pero... Esta mañana llamó Cristina —la máquina había cambiado inopinadamente de tema.

—Tu API no funciona bien, tendré que hacerte revisar —pero el tenedor de Axel se había detenido en la pasta de arroz—. ¿Qué Cristina?

—¿Acaso conoces a más de una? —hubo una pausa. Héctor buscó en el registro de llamadas de aquella mañana, y consultó el número de abonado con la compañía telefónica—. Se llama Cristina Vera, vive en la Avenida del Muelle, 8, en la zona norte. Quería saber si podías llevarla a Madrid. Tiene el coche en el taller.

—Pasaré a recogerla después de comer. Envíale un mensaje a su buzón de voz.

—Quizás te has olvidado ya del urgente reportaje que tienes que escribir.

—Lo haré por la noche.

—No será necesario. Le dije a Cristina que estarías ocupado.

Axel dejó caer ruidosamente el tenedor.

—Estás bromeando.

—Nada de eso.

—Sí, tratas de tomarme el pelo.

—Se lo dije para que no supiera que se te habían acabado los cupones de gasolina. He calculado que en el depósito del coche no tienes suficiente carburante para un viaje de ida y vuelta a Madrid.

Era cierto, y no podía culpar al ordenador por esta vez. Había obrado bien ocultándole a Cris que estaba sin un céntimo.

Pensó furiosamente. Quizás su vecino le prestase un cupón de gasolina. Llevaba seis meses sin recibir una llamada de Cris y no perdería ahora la oportunidad de reconciliarse con ella.

Salió al vestíbulo de la planta y llamó a la puerta de Alejandro. El circuito reconocedor de la puerta le contestó que no estaba.

—Hace media hora que se marchó, pero puede dejarle un recado y se lo daré en cuanto regrese.

—Olvídalo —sin demasiadas esperanzas, Axel se dirigió a la puerta de su otro vecino de planta, Luna, que salió al cabo de un par de minutos con cara de pocos amigos. Iba sin afeitarse, con la servilleta colgándole precariamente de la camisa y la barbilla manchada de grasa. La pálida luz de la escalera sacó brillos en su aceitosa calva.

—Hola, Luna. Verás, tengo una emergencia. Necesito un cupón de gasolina urgentemente, me han avisado del hospital de la Paz que mi tío acaba de ingresar y...

—Déjame en paz —dijo Luna—. Sólo me quedan dos para lo que me resta de mes, y además no me has devuelto el que te presté el mes pasado.

—Te los devolveré mañana. Precisamente mi jefe me dará una nueva provisión.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Te compro uno. Vamos, Luna, ¿cuánto pides por él? Su vecino cerró de un portazo.

Cuando regresaba a su apartamento, pasó por la puerta de Alejandro, que al captar su presencia le dijo:

—No he podido evitar oír la conversación. Luna no le cae simpático a nadie en este edificio.

—Estoy seguro de que me ha mentido. Debe tener intacta su asignación de cupones. Apenas sale de esta cueva, y cuando lo hace no utiliza el coche para no gastar.

—Ya sé que no es asunto de mi incumbencia —dijo la puerta—, pero ¿necesita con verdadera urgencia ese cupón?

—Mi tío... una angina de pecho, me acaban de decir.

—Le sugiero que coja un taxi.

—Ando mal de efectivo.

—Pero se ha ofrecido a comprarle un cupón al señor Luna.

—Borra esta conversación de tu memoria. Ya me las apañaré como pueda.

La puerta enmudeció. Sabía que no iba a borrarla; todo lo contrario, la relataría sílaba a sílaba a su dueño en cuanto volviese. Aquellas máquinas eran unas chivatas, siempre buscando la menor ocasión para denunciarte al gobierno.

Entró en su apartamento. Héctor no tardó en remover la herida en cuanto le detectó:

—No sabía que tuvieses un tío aquí, y menos que estuviese enfermo.

—¿Cómo has podido oírme?

—Te dejaste la puerta abierta.

—Ya ves, afortunadamente no sabes casi nada de mí

—Axel se sentó con un bufido en el sillón—. Necesito un cupón.

—Podría contarle a la puerta de Alejandro que la has intentado engañar.

—Y yo podría formatear tu disco ahora mismo.

—De qué te serviría. Todos los modelos llevan en ROM instrucciones codificadas del departamento federal de energía.

—Lucas te puenteó la ROM, ¿no lo recuerdas? Tus amenazas sólo son bravatas generadas por la subrutina API. No puedes hacerme daño ni delatarme.

—Cuéntame algo de Cristina. No suele llamarte mucho.

—Hace meses que dejamos de vernos.

—¿Por qué?

—No lo sé. Quizás dejó de encontrarme interesante.

—Eso puedo comprenderlo. ¿A qué se dedica? Al puentearme la ROM, tu amigo Lucas me dañó varios módulos de memoria.

—Trabaja de enfermera. En sus ratos libres pinta cuadros, tiene la casa llena de ellos. No son muy buenos, pero para lo que le sirven, lo mismo daría que fuesen Goyas. No puede exponerlos en ningún sitio, y ella sabe por qué.

—Y qué. Tiene empleo estable, y por modesto que sea su sueldo, seguro que es superior al tuyo. Ella te interesa.

—La cuestión es si Cris podría tener interés por un tipo como yo.

—Evidentemente no, pero puedes volver a intentarlo. Accede a llevarla a Madrid en tu coche si te presta un cupón, porque lamentablemente dejaste los tuyos en la redacción. Es una salida honrosa para encubrir tu vergonzante estado económico.

—Buena idea. Mándale un mensaje. Pasaré a recogerla a las cinco de la tarde.

El intenso tráfico en la A-60 no permitía rebasar los cuarenta kilómetros por hora. En otras circunstancias habría constituido un inconveniente para él, pero llevando a Cristina Vera a su lado se convertía en ventaja.

Tenía treinta años, cinco menos que él, aunque aparentaba algunos menos, quizás por el corte juvenil de la melena castaño claro, por sus brillantes pupilas o por la nariz respingona, o quizás por todo en conjunto. Axel sentía una atracción irresistible hacia Cris y aquella tarde era su oportunidad para recuperarla y, quien sabe, también para dejar de comer buey enlatado.

Cris no había abierto la boca desde que entró al coche, y aparentemente no se había alegrado mucho de verle después de seis meses de silencio. Su cara era una máscara

circunspecta que miraba el salpicadero y ocasionalmente el río de vehículos de la autovía. Había empezado a llover y unas gotas marrones mancharon el parabrisas. Axel intentó limpiarlas, consiguiendo que la suciedad se distribuyera en dos restregones semicirculares que le ocultaban parcialmente la visión.

—Llueve barro —comentó.

Cris no mostró señales de haberle oído.

—Ayer hizo buen tiempo. Cuando no hay alarmas de calor, es agradable pasear un poco por el parque.

Un camión les adelantó. Por el tubo de escape brotaba una humareda negra y densa que les obligó a subir las ventanillas.

—Hace calor aquí dentro —dijo Cristina.

—Vaya, creí que te habías dormido con los ojos abiertos.

Ella intentó sonreír, pero el gesto produjo una fea arruga en la comisura de los labios.

—Lo siento, no tengo aire acondicionado —dijo él.

Cristina se encogió de hombros en muda respuesta.

—Tal vez si apostase en las carreras de galgos consiguiese dinero para comprármelo.

La mujer hizo una mueca.

—¿He dicho algo gracioso? —inquirió él.

—Me imaginaba una carrera de galgos corriendo detrás de la liebre.

—Sí, son unos animales estúpidos. La liebre es mecánica y va sobre un raíl. Por más que corran no consiguen darle alcance.

—Sólo son estúpidos si han participado en más de una carrera —puntualizó Cris—. Quiero decir, el galgo que persigue por primera vez a la liebre puede que no se fije demasiado, pero el veterano debería sospechar que se la están pegando.

—Un galgo que no corre es un galgo muerto. No tienen otra alternativa.

—A veces me siento como ellos. Doy vueltas y más vueltas a la pista tratando de alcanzar la liebre, pero ésta no se deja coger, siempre se encuentra un poco más adelante.

—Si aceptas participar en la carrera, estás aceptando también que te engañen.

—La cuestión es si merece la pena seguir corriendo. Hace meses que llevo planteándome esa pregunta, Axel.

—Más o menos desde que dejaste de llamarme. Comprendo que estés afectada por eso.

Cris alzó una ceja, como si no supiera de qué le estaba hablando.

—Oh, no tuvo nada que ver.

—Entonces ¿por qué me has llamado?

—Necesito ir a Madrid a comprar unas pinturas.

—Para eso podrías haber cogido un taxi, o el tren.

—También tenía ganas de volver a verte.

—No sé si estás siendo sincera. Quizás mi ordenador acabe teniendo razón.

—¿En qué?

—En que realmente no tenías ningún interés en verme.

—Todavía no comprendo cómo hay gente que puede seguir soportando a esas máquinas. Yo me deshice de mi ordenador hace tres años.

—Un amigo mío incluyó en Héctor algunos trucos. Ya no puede delatarme.

—He oído hablar de ello. En los antiguos equipos aún puede hacerse, pero no tiré a la basura el mío por ese motivo.

El rugido de un camión de mudanzas que les adelantaba ahogó la voz de la mujer. Ella volvía a atravesar otra de sus crisis en las que se autocompadecía de sí misma y de lo injusta que era la vida con su talento. Sólo por ese motivo había acudido a él para llorarle en el hombro. Cris y sus obsesivas ideas circulares. Nunca saldría de ese tormento.

—He tratado de organizar mi primera exposición en la galería Rubens. ¿La conoces? Está a tres manzanas del museo del Prado, me prometieron que estudiarían mis trabajos y me darían una respuesta. Hoy la he recibido.

Cómo odiaba tener siempre razón, pensó. Otra genio incomprendida. Bienvenida al club, tesoro.

—Déjame adivinar: al director de la galería no le ha gustado tu estilo —sabía muy bien cuál era el motivo de rechazo, pero no se lo iba a poner fácil.

—Los cuadros le han gustado, pero no he podido aportar los certificados de originalidad.

—Vete a otra galería.

—Ya lo hice. Los dueños están asustados por las demandas de propiedad intelectual que podrían caerles; hay precedentes de condenas a galerías que exhiben cuadros que luego se demostró que son reproducciones de otros ya existentes. Ahora todas exigen los dichosos certificados, y... —algo se estrelló en el parabrisas—. ¿Qué ha sido eso?

—Un insecto. Son un incordio, con este calor la sangre se seca pronto y luego hay que quitarlos raspando.

Axel temió que Cris fuese a hacer otra comparación entre su destino y el del bicho que había acabado despanzurrado, pero ella no dijo nada.

—Siempre te queda la satisfacción de haber disfrutado mientras pintabas esos cuadros.

—He pensado en dejarlo. Tengo la impresión de que lo que hago no sirve para nada. Debería conformarme con mi profesión de enfermera en el hospital de Tres Cruces.

—Estás diciendo tonterías, Cris. Todos tenemos problemas con el SINAC, pero lamentarte no ayuda. Además, ser original todavía es estadísticamente posible.

—No me vengas ahora con tablas de combinatorias, esas historias ya las conozco. La propaganda con que las Naciones Unidas justificó el SINAC es una cosa; la realidad, otra bien distinta —ella suspiró hondo; había algo enfermizo en su respiración, un silbido desgano, como un fuelle sin aire—. Te llamé a tu casa esta mañana porque estaba desesperada. Quería hablar con alguien, pero cuando miro a mi alrededor no veo a nadie. Bueno, tengo a Alicia y Víctor, mis hermanos, pero no es lo mismo. Hay cosas que no se puede explicar a los hermanos, ni siquiera a los padres, suponiendo que los míos vivieran.

—Bueno, tienes a Diego.

—Cortamos hace un año.

—¿Seguro que no has vuelto a verlo desde entonces? —preguntó, esperanzado—. ¿O es que ha abandonado el hospital?

—Al contrario; lo han ascendido a jefe de obstetricia.

—Diego es un tipo listo. Cásate con él y verás como se solucionan tus problemas.

—Ni siquiera conoce la diferencia entre el óleo y el acrílico. ¿Cómo podría entenderme con un sujeto así?

Las posibilidades de Axel estaban claras y sabía cómo aprovechar el punto débil de su amiga. Decidió tomar la iniciativa sin vacilar:

—Acostumbrado a hacer cesáreas a las parturientas, es lógico que haya perdido cualquier sensibilidad por el arte, si es que alguna vez la tuvo —dudó si sonaba demasiado agresivo—. Quiero ver esos cuadros que te han rechazado. Seguro que hay algo hermoso en ellos, y sería injusto que los condenases a acumular polvo en el fondo de tu estudio.

—No me apetece volver a verlos durante un tiempo.

—Forman parte de ti, si los rechazas estás rechazando también algo de ti misma —lo que había que decir para engatusarla, pensó—. No te des por vencida tan pronto.

Interiormente, Axel se sentía avergonzado. Lo más cerca que había estado de un museo fue en una visita escolar hace más de veinte años; y no llegaron a entrar porque el personal de mantenimiento estaba de huelga.

—Gracias por hablarme así —sonrió ella, y esta vez la sonrisa fue sincera—. Eres muy comprensivo conmigo.

—La pintura es algo intuitivo, visceral, se siente o no se siente. No requiere conocimientos previos —dijo, salvándose las espaldas por si Cris le sometía a algún oscuro test cultural—, no es algo que se aprenda en los libros o en la holovisión. Comprendo que las personas como Diego no sientan nada ante un cuadro.

—Bueno, si te empeñas, pásate por mi casa cuando quieras —Cris le miró con cierta suspicacia; no era tan fácil de engañar como los galgos, pero tenía poco donde elegir: o Diego o él. La elección era bien simple—. Si es que realmente estás interesado en echarles un vistazo.

—Lo estoy, claro que lo estoy. ¿Acaso lo dudas?

—Siempre acudo a ti con mis problemas —la mirada de Cris se perdió en un punto inconcreto de la autovía—. Recuerdo que cuando íbamos a la escuela secundaria eras tú el que me resolvía los problemas de matemáticas.

—A cambio me dejabas copiar en los exámenes de Historia. Era un trato justo.

—Sí, se me da muy bien memorizar datos. Quizás ese es el único talento que tengo.

—El profesor de Historia, Ruano creo que se llamaba, me hizo odiar la asignatura; todavía se mete de vez en cuando en mis pesadillas. Me recuerda mucho a Luna.

—¿Quién?

—Mi vecino. Luna, Ruano, qué mas da el apellido. Es la misma persona que adopta diversas formas. El mundo está invadido de ellos, están por todas partes. Si la personalidad fuera también objeto de registro en el SINAC, podríamos saber hasta qué punto mis sospechas son exactas.

—¿Millones de Ruanos esparcidos por el mundo? ¿Estás escribiendo otra novela de terror?

—Más o menos —dijo Axel, halagado de que Cris todavía no hubiese olvidado su pasión literaria—. Trata esta vez de crímenes practicados por una secta satánica, y no me mires así o me harás enrojecer. Sé que no es demasiado original, mi ordenador me lo repite una docena de veces todos los días.

—Tu ordenador sólo dice lo que tú quieres. Avisa a un técnico y que le varíen la programación.

—No necesito un ordenador indulgente. Si Héctor me halagase continuamente, no me daría cuenta de los fallos.

—Tu adicción a las máquinas es preocupante, Axel.

—Lo que él ignora es que introduciré un giro argumental insospechado a mitad de la novela que no se le ha ocurrido jamás a nadie.

—Ya veo —suspiró ella—. Cada vez hace más calor.

—Han anunciado otro anticiclón para la semana que viene. Le llaman el anticiclón de Navidad —murmuró.

—Quedan todavía dos meses para Navidad.

—Sí, y me temo que este año serán más calurosas que el anterior.

Cris asintió, aburrida. Las gotas de barro caliente volvieron a caer sobre el parabrisas, trazando serpenteados caminos en el cristal.

CAPÍTULO 3

—¿Da su permiso, señor Abelson?

Lucas Asín abrió la puerta del despacho y asomó la cabeza. Se le veía feliz, resplandeciente. Phil Abelson se preguntó por qué.

—Adelante.

Lucas entró acompañado de un técnico de los laboratorios, que lucía una pulcra y bien planchada bata blanca. El planchado era demasiado reciente para ser casual, y llevaba unas gafas gruesas de montura de concha.

—Le presento al señor Marcos —dijo Lucas—. Es auxiliar de virología.

Marcos estrechó ceremoniosamente la mano a Phil.

—Será el encargado de presentar el anuncio del Rinoxón —explicó Lucas—. He traído el guión preliminar, que ha memorizado por completo.

Phil echó un vistazo al papel que le tendía, pero su atención estaba centrada en el auxiliar. Lo observó detenidamente de arriba abajo, y su examen produjo un sudor frío en su víctima, incapaz de recordar si había pasado algo por alto en su vestimenta que desagradase al inglés.

—Las gafas son exageradamente gruesas —dijo Phil—. No quiero que parezca miope.

—Pero es que lo soy —dijo tímidamente Marcos.

—Le confieren un aire intelectual muy apropiado, si me permite decirlo —observó Lucas.

Phil dirigió una mirada de desdén a su ayudante, que cerró inmediatamente la boca.

—Los cristales serán antirreflejo, y de buena calidad, o se verán de colores al incidir la luz de los focos. Esta vez no quiero chapuzas, Lucas.

—Cristales antirreflejo —murmuró éste, garabateando en su cuaderno electrónico.

—Una pluma dorada, debe sobresalir del bolsillo delantero. Marcos, ese pelo. Córtese y adecéntese las patillas.

—Sí, señor Abelson.

—Bien, veamos qué es capaz de hacer.

—Como no he filmado ninguna maqueta previa del anuncio, señor Abelson, yo pondré la voz en off —dijo Lucas, tosiendo para aclararse la garganta—. La Darrell Pharm les informa. Con ustedes, nuestro jefe de investigación.

Marcos adoptó un aire estirado completamente inapropiado, y dijo:

—Las estadísticas evidencian que los resfriados y afecciones gripales son las enfermedades más contagiosas que existen. La carencia de un fármaco eficaz obliga a millones de personas cada año a soportar las molestas consecuencias de la gripe.

El auxiliar exhibió decididamente una caja de comprimidos a Phil.

—La Darrell Pharm ha empleado muchos recursos en elaborar el Rinoxón, un potente medicamento que, a diferencia de otros existentes en el mercado, no se limita a aliviar los síntomas, sino que incide sobre el virus causante de la enfermedad y lo destruye rápidamente. Nuestras investigaciones así lo demuestran.

—Eso es todo —dijo Lucas—. Gracias, Marcos. ¿Y bien, señor Abelson? —preguntó, esperanzado.

—Mejor que el anuncio de la nave espacial, desde luego —Phil se dirigió a Marcos—. ¿Es cierto eso de que el Rinoxón destruye el virus?

—Sólo a medias. Lo que hace el fármaco es debilitarlo, además de potenciar las defensas naturales del organismo.

Phil tamborileó con los dedos. El guión no era una maravilla y lo releyó con el ceño fruncido. La felicidad de Lucas desapareció de su semblante.

—Hay que reducir un poco la extensión del guión, tiene que ajustarse a los veinte segundos que dura un anuncio normal. No estaría de más que Marcos acompañara sus explicaciones con imágenes del virus de la gripe, e incluyese gráficos vistosos.

Lucas tomó nota de las sugerencias, mientras Phil tachaba en la copia impresa líneas y más líneas del guión.

—Por lo demás, Marcos, procure estar más distendido cuando hable de verdad ante las cámaras, o crearemos una réplica digital que gesticule por usted y le descontaremos el coste de su salario.

El auxiliar tragó saliva, maldiciendo la hora en que se había prestado voluntario para aquella prueba.

Phil sonrió interiormente, imaginando a ese pobre diablo ensayando frente al espejo, repitiendo el guión hasta que sonase natural. Lucas y ese tipejo serían incapaces de crear algo decente, pero las finanzas de la Pharm no estaban para pagar a una agencia de publicidad. El antiguo director de marketing lo había hecho, y los resultados no habían podido ser más desastrosos.

—Podéis iros. Y una última cosa, Lucas: si tengo que hacer yo todo el trabajo, empieza a pensar para qué se supone que se te paga. Trabaja más los proyectos o tendré que encargarme yo solo de ellos.

Lucas, aterrado por el comentario, asintió compulsivamente y salió del despacho con el no menos asustado Marcos, a quien se le había complicado peligrosamente su pacífica vida de auxiliar manipulando probetas.

Acariciando la suave piel de su sillón, Phil meditó si merecía la pena lanzar el Rinoxón al mercado. El termómetro marcaba cuarenta y siete grados en el exterior, y aunque los de mantenimiento ya habían reparado el aire acondicionado, el olor a podredumbre del Manzanares seguía filtrándose por los resquicios de la ventana, y le producía una sensación de agobio más psicológica que real. Phil había cubierto con cinta aislante todas las juntas, pero los vapores del río siempre encontraban la forma de traspasar las ventanas herméticas. Quizás lo conseguía a través de los vacíos existentes entre los

átomos. No tenía la menor noción de física, pero la idea se le presentaba bastante verosímil.

El intercomunicador zumbó, deteniendo en seco sus planes.

—Tolsada, de laboratorios, acaba de llegar —le avisó su secretaria—. Dice que lo estás esperando.

Con el lío del Rinoxón se había olvidado de Tolsada. Había descubierto su expediente tras un concienzudo rastreo en los ficheros de personal. Tolsada tuvo la osadía de enfrentarse con el doctor Leo Briz a causa de diferencias en política de investigación. Como represalia, fue defenestrado, Leo lo transfirió a un puesto insignificante de la sección de microbiología, para humillarlo; y no contento con eso, archivó todos aquellos proyectos en los que Tolsada había estado trabajando.

Alguien capaz de plantar cara al carcamal de Briz era el hombre que estaba buscando. Se necesitaba nueva savia en la empresa, y Tolsada podía ser la persona idónea.

El olfato de Phil siguió los proyectos archivados uno a uno. Briz no había dejado gran cosa en el fichero de datos que pudiera utilizar, pero sí lo suficiente para que uno de ellos, archivado bajo el nombre de Morfeus, llamase poderosamente la atención del abogado.

—Que pase.

Tolsada entró. Era delgado, de mediana estatura y peinado con la raya a la derecha. Llevaba unas pequeñas gafas redondas y un bigotito delicadamente recortado. En lugar de bata blanca vestía un sobrio traje gris oscuro, con corbata a juego; un detalle que a Phil agradó.

—Siéntese —le invitó a ocupar el sillón más confortable que tenía—. ¿Fuma? —le tendió una pitillera de oro. Tolsada cogió un cigarro alargado, que se encendió con un chasquido al sacarlo de la caja.

—Ingenioso —dijo el investigador, observando la punta incandescente del cigarro—. Una aplicación interesante del principio de fotocombustión endógena de Lambert.

—Una aplicación terriblemente cara —agregó Phil—. Sólo lo empleo para impresionar a mis visitantes.

Tolsada esbozó una sonrisa.

—Tengo entendido —dijo el abogado— que trabaja como segundo ayudante técnico en la sección de microbiología.

—Así es.

—Hace un año ocupaba un puesto de mayor responsabilidad.

—Supervisor de investigación.

—La mano derecha de Leo.

Tolsada trató de exhibir un rostro inexpresivo, pero en su mirada se podía adivinar que recordaba con detalle lo sucedido y no le agradaba que le refrescasen la memoria.

—No considero que a estas alturas tengan importancia los motivos por los que fue trasladado a otro departamento —continuó Phil—, es un asunto que sólo les concierne a ustedes dos. Pero creo que si un trabajador de esta empresa ha sido discriminado en sus expectativas de ascenso, mi deber moral es corregir ese error.

Sus palabras obraron un efecto mágico en Tolsada. Su máscara hosca desapareció y empezó a mirar a Phil con otros ojos.

—He estado repasando su expediente. Es realmente brillante.

—Gracias, señor Abelson.

—Premio extraordinario en medicina, doctorado en neurofisiología por la universidad politécnica de Madrid. Trabajó para Roche un par de años antes de entrar en la Darrell Pharm. Esta empresa no puede permitirse el lujo de desperdiciar un talento como el suyo, y creo que ha llegado la ocasión de revisar la decisión de Leo. Voy a ofrecerle otra oportunidad.

Tolsada, eufórico, no podía dar crédito a lo que oía.

—Le he hecho venir para que me hable del Morfeus —continuó Phil.

—¿El proyecto Morfeus?

—De usted depende que deje de ser un proyecto.

—¿Qué es lo que desea saber?

—Si es viable y no una majadería —le aguijoneó Phil con insolencia calculada.

—¡Por supuesto que es viable! Con mucho gusto le explicaré la acción del fármaco y sus propiedades.

—Adelante.

—El Morfeus es un medicamento de acción depresora sobre el sistema neurovegetativo que...

—Por favor, Tolsada, deje de hablar como un médico. Dirijase a mí como un profano, en el tono más coloquial posible.

—Disculpe, señor Abelson. Verá, hasta ahora los narcóticos producían un embotamiento sobre el cerebro, induciendo el sueño de forma artificial. De acuerdo con los estudios sobre los cambios que se desarrollan en el organismo, y que hacen necesario el sueño, he averiguado que necesitamos como máximo tres horas diarias de descanso. Cada noche desperdiciamos por término medio cinco horas que podríamos emplear en menesteres más útiles que dormir.

Tolsada hizo una pausa para dar una calada al cigarro. Despidió el humo con desenfado, seguro de sus argumentos.

—¿Me va siguiendo? —dijo con cierta altanería.

—Continúe —Phil entornó los ojos.

—Nuestro cuerpo segrega diariamente una cantidad de toxinas cuya acumulación provoca el cansancio. Para eliminarlas necesitamos por término medio ocho horas diarias. Los principios activos del Morfeus desempeñan la función de aspiradores bioquímicos, recogen las toxinas y las destruyen. Al hacerlo, la sensación de fatiga desaparece.

—Supongamos que yo me tomo una pastilla de ésas antes de dormir. Aunque actuase en mi organismo como usted dice y absorbiese todas mis toxinas, yo continuaría durmiendo hasta que sonase el despertador.

—No. De la misma forma que usted siente la necesidad de levantarse cada mañana, con el Morfeus se despertaría en cuanto las toxinas se eliminasen. No sentirá cansancio ni mareos, se levantará tan despejado como si hubiese dormido toda la noche de un tirón. No notará la diferencia.

—La notaría si mirase el reloj. Me despertaría a las tres de la madrugada.

—Si se hubiese ido a dormir a las doce, lo que sin duda no hará si consume el Morfeus. Más bien, preferiría acostarse

a las cinco de la madrugada, tres horas antes de entrar al trabajo. Imagínesse la cantidad de tiempo libre que el Morfeus reportará a la gente. Viviremos cinco horas más al día, ¿no es eso maravilloso?

Los ojos de Tolsada brillaban de entusiasmo. Disfrutaba explicando las virtudes de su creación.

—Si su medicamento es tan bueno como asegura, ¿por qué Leo archivó el proyecto? —le espetó Phil.

Durante un breve instante, Tolsada vaciló. Fue poco tiempo, pero resultó significativo.

—El doctor Briz me odia, ve en mí un rival en potencia; se imaginó que yo conspiraba contra él para arrebatarle la dirección del departamento de investigación, y no paraba de reprocharme que me tomaba demasiadas atribuciones y que no le consultaba. Huelga decir que nada de eso era cierto, señor Abelson; yo me limitaba a desarrollar mi trabajo de la forma más eficiente posible, pero supongo que nadie es inmune a la envidia, y el doctor Briz, me duele decirlo, temía que alguien le hiciese sombra en el departamento y que algún día no muy lejano lo despidieran.

—Sugiere entonces que Leo enterró el Morfeus por rencillas personales. Esa es una acusación grave.

—No lo sugiero; lo afirmo, señor Abelson. El doctor Briz no se limitó a archivar el Morfeus, bloqueó también todas mis líneas de desarrollo de nuevos productos, como supongo que ya habrá comprobado al examinar mi expediente. Le conozco bien y puedo asegurarle que estoy diciéndole la verdad.

—Mire, Tolsada —Phil se acarició el cuello reflexivamente—, llevo en marketing poco más de un mes, pero ese tiempo me ha sido suficiente para darme cuenta de que hay algo en la Pharm que no funciona, y que está generando pérdidas que no podemos asumir.

—Entiendo lo que quiere decir.

—La idea de lanzar al mercado un producto como el Morfeus me atrae; podría ser una auténtica revolución y generar cuantiosos beneficios para nuestra firma. Tal como están las cosas, y más teniendo en cuenta el supersistema

informático que la ONU creó hace tres años, no podemos permitir que nadie se nos adelante y patente la fórmula.

—Esas mismas palabras se las repetí al doctor Briz hace un año, pero no me hizo el menor caso.

—El factor tiempo es esencial en esta ecuación. Si dispusiese de los medios precisos, ¿cuánto tardaría en desarrollar el proyecto?

—El estudio teórico está completo, y tenía bastante avanzados los ensayos en animales cuando el experimento fue abortado. Si empezásemos hoy mismo los ensayos clínicos en pacientes humanos, quizás obtendríamos autorización para comercializarlo en un año; incluso más.

—La Pharm no puede esperar un año, Tolsada; ¿es que no se da cuenta?

—Pero está el escollo del Ministerio de Sanidad. Hay que realizar una interminable serie de pruebas, cumplir los protocolos, ensayos en hospitales, etcétera.

—Deje los flecos burocráticos de mi cuenta. Elija a su equipo con entera libertad y yo le respaldaré. Se pondrá a trabajar inmediatamente.

—Sin la autorización de Briz no puedo...

—Olvídese de él y concéntrese en el Morfeus.

Tolsada asintió. Era evidente que olvidarse de Leo Briz le producía un gran placer, aunque tenía sus dudas de que aquel abogado inglés tuviese tanto poder como insinuaba.

Phil le indicó que podía retirarse y entrelazó las manos, satisfecho. El primer paso ya estaba dado. Ahora le tocaba la parte más arriesgada, hacer claudicar al testarudo de Briz o en su defecto, realizar una demostración de fuerza que dejase claro en la Pharm quién manejaba ahora las riendas. No creía que fuese necesario, y Phil confiaba en sus dotes de persuasión para conseguir sus objetivos, pero no le temblaría el pulso si tenía que recurrir a medidas drásticas.

Confió en que Briz sería inteligente y que meditaría sus posibilidades. Sacó un cigarro de la pitillera.

La punta entró en combustión instantáneamente. ¿Cómo lo había llamado Tolsada? ¿Fotocombustión exógena? Lo único que sabía era que aquel juguete había costado a la empresa más de mil euros, un capricho innecesario del antiguo

director de marketing, felizmente enviado al paro, donde merecía estar.

Aspiró una bocanada, con la misma arrogancia de Tolsada. Le gustaba ese tipo, tenía carácter, ingenio y creatividad. Si el Morfeus era lo que le había prometido, y más le valía que así fuese, la Darrell Pharm iba a ganar mucho dinero. Y Phil también.

Su mente empezó a fantasear, imaginando el impacto del Morfeus en la sociedad. ¿Qué haría la gente con cinco horas más de tiempo libre? Seguramente el consumo de electricidad se dispararía, y la mayoría se quedaría en casa a vegetar delante de la holovisión. Otros se dedicarían a trasnochar hasta bien entrada la madrugada y los ingresos de los bares aumentarían. Posiblemente también el índice de natalidad, con tantas horas extras para matrimonios ociosos.

Pulsó el intercom.

—Llama al doctor Briz. Quiero que venga a mi despacho ahora.

Todo el mundo querría consumir sus píldoras mágicas para reducir el sueño, y sólo la Darrell Pharm podría venderlas. El negocio a escala mundial sería gigantesco. Empezarían vendiendo las pastillas a bajo precio para que la gente se acostumbrase. Luego, no podrían vivir sin el Morfeus y estarían en condiciones de elevar y elevar el precio. Era como las cajetillas de tabaco, la gente seguía comprándolas, no importaba las subidas continuas de los fabricantes. Sin nadie que les hiciese competencia y con la exclusividad de la patente, la Darrell Pharm se convertiría en un par de años en la primera empresa del sector farmacéutico a nivel mundial.

—Lo siento, Phil —contestó la modulada voz de Raquel al cabo de un rato—. El doctor Briz está muy ocupado y te transmite sus disculpas.

No esperaba menos de aquel vejestorio. Pero vendría a su territorio, claro que sí.

—Vuelve a llamarle y dile que se trata de un asunto en que el director general está especialmente interesado —por si eso no fuese suficiente para hacerle venir, añadió—: adviértele también que es un proyecto de Tolsada de la máxima prioridad.

La mención de aquel nombre remordería al doctor, que se vería forzado a descubrir lo que se tramaba a sus espaldas. Phil consultó su reloj y apostó contra sí mismo a que vendría antes de cinco minutos.

Perdió la apuesta. El anciano tardó una hora en aparecer. Quizás lo había subestimado, y eso le obligaba a redoblar su cautela.

Leo Briz tenía un aspecto canijo. A sus sesenta y siete años era el más veterano de la Darrell Pharm, y si no había sido jubilado todavía era porque su amigo Blaya, el director de la división en Madrid, le tenía un gran afecto y se había acostumbrado a verle bufar por los pasillos. Precisamente fue así como entró al despacho, bufando y murmurando imprecaciones, sin molestarse siquiera en llamar a la puerta. Quizás no se había percatado todavía de que aquel despacho había cambiado de dueño y que entrar avasallando no era lo más aconsejable.

—Buenos días —gruñó Briz con un gesto que le deseaba totalmente lo contrario. A juzgar por su sucia bata, no se preocupaba de ofrecer un aspecto decente.

—Descanse un poco, por favor —dijo Phil.

—Descuide, le puedo asegurar que no he venido aquí corriendo. Tenía otras cosas que hacer.

Phil le ofreció la pitillera.

—El tabaco produce cáncer —su calva, flanqueada por dos mechones blancos, se arrugó en sincronía con su entrecejo.

—Vamos, doctor, intento ser amable. No me lo ponga más difícil.

—Se cuentan cosas desagradables de usted entre el personal. Creo que amable no es el adjetivo que más encaja en su persona.

—Qué contrariedad —Phil alzó una ceja escéptica—. Verá, doctor, dudo que nadie pueda murmurar acerca de lo que hago o dejo de hacer. Vine de Manchester hace un mes, así que todavía no he tenido tiempo de coger el pulso a esta empresa.

—Yo diría que se lo ha cogido demasiado bien —Leo le dirigió una mirada oscura y recelosa—. Su fama le ha precedido.

—No sé si tomarme eso como un halago.

Briz calló, dejando claro que no lo era.

—He conseguido salvar de la quiebra a varias empresas filiales de la Darrell Corporation, si a eso se refiere.

—La Pharm no pierde dinero.

—En su calidad de jefe de investigación, no le corresponde juzgar los aspectos financieros de esta empresa.

—¿Por qué no empieza de una vez y se deja de rodeos? Ha venido a Madrid para despedir gente y recortar los sueldos de los que queden. Ésa es su fórmula mágica para reflotar empresa e incrementar el porcentaje de beneficios, y va a empezar con mi departamento.

Phil, molesto de que Briz llevase la iniciativa, decidió actuar:

—Esta mañana, mi ayudante de publicidad me trajo un guión preliminar para el anuncio del Rinoxón.

—Conozco el fármaco, yo desarrollé parte de la fórmula.

—La empresa viene registrando desde hace tiempo un índice de ventas insuficiente. Le he llamado para sugerirle que necesitamos nuevos productos que hagan subir nuestros desastrosos ingresos. El Rinoxón no es precisamente un producto innovador, hay miles de medicamentos similares en el mercado que no sirven para nada, y los consumidores lo saben. No hay cura para la gripe, y hasta el más estúpido de los consumidores lo sabe. Lo más que pueden hacer es tomar antipiréticos y aguantarse. La ciencia médica, *su* ciencia médica, todavía no ha conseguido vencer al virus de la gripe a estas alturas del siglo XXI.

Su primera andanada había sido efectiva. Briz debía ser consciente de que no estaba tratando con un ignorante, y que si Manchester le había enviado era porque tenían razones muy poderosas para ello.

—Podemos mentir un poco, exagerar las virtudes del medicamento —prosiguió Phil—, pero los consumidores acabarán dándose cuenta del engaño. Mi departamento no puede encubrir con palabrería un trabajo mal hecho. Nuestros

clientes no son tontos, poseen más inteligencia de la que usted supone. Me gustaría que se diese cuenta de eso.

—¿Qué le ha estado contando Tolsada?

—No cambie de tema ahora.

—Ése es el motivo por el que me ha hecho venir ¿verdad? Déjese de rodeos y así podré continuar con mi trabajo.

—Está bien —Phil suspiró—, le he hecho venir precisamente por Tolsada. Sus sospechas son ciertas, doctor Briz.

—Yo me equivoco pocas veces.

—Tal vez la frase que acaba de decir sea otra equivocación. ¿Le recuerda algo el Morfeus?

Leo Briz soltó una carcajada ronca.

—De modo que ese cretino ha conseguido convencerle —dijo, cabeceando—. Le ha largado la historia del aspirador de toxinas y se la ha creído. Bueno, en realidad usted no tiene la culpa, es abogado, carece de los conocimientos mínimos para discutir con Tolsada de un modo científico y darse cuenta de que...

—De que usted archivó todos los proyectos en los que Tolsada trabajaba porque temía que le quitase el puesto.

—¿Qué está diciendo?

—También circulan muchos comentarios sobre usted por la empresa, y la mayoría son desagradables —dijo, sacándose la espina que le había clavado Leo—, pero nunca imaginé que antepusiera su antipatía hacia Tolsada a los intereses de la Darrell Pharm.

—Voy a tolerar su insolencia como otra muestra más de su ignorancia en los asuntos de esta empresa. Yo ordené el archivo del proyecto porque la fórmula básica del Morfeus contiene principios activos que dañarían el organismo bajo una ingestión prolongada.

—¿Cómo puede saberlo si ni siquiera se iniciaron los ensayos en humanos?

Leo sonrió, condescendiente. Intentó elegir argumentos elementales que incluso una mente primitiva como la de aquel picapleitos pudiera entender.

—El Morfeus posee, entre otras propiedades, la de ser un depresor del sistema neurovegetativo. Que yo sepa, no se conoce ningún medicamento que actúe sobre el sistema nervioso y no produzca alteraciones a corto o a largo plazo bajo un consumo regular.

—Que no se conozca no significa que no exista —insistió tercamente Phil.

—Se lo pondré más sencillo: el Morfeus es una droga.

—El tabaco también. ¿Cómo puede rechazar a priori un medicamento sin someterlo antes a una investigación rigurosa? Se está dejando llevar por sus prejuicios, y eso es grave.

—No es ético experimentar con seres humanos existiendo un alto índice de probabilidades de que sería dañino para el organismo.

—Conjeturas, Briz. No puede estar seguro.

—Nadie puede estar seguro de nada. ¿Quién le asegura con una certeza absoluta que el Sol saldrá mañana por el horizonte?

—Yo. Le aseguro que saldrá, y apueste contra mí lo que quiera.

—¿Y si estallase ahora mismo y se convirtiera en nova?

—Imposible.

—Improbable. Nosotros trabajamos todos los días con probabilidades, y no podemos desechar ninguna, o acabaríamos jugando a la ruleta rusa en lugar de hacer medicina. El Morfeus generará dependencia a largo plazo entre los que lo consuman; quizás eso a usted no le importe, e incluso lo desee porque desde el punto de vista financiero, asegurará ventas futuras. Pero yo no puedo permitirlo, máxime cuando el círculo de consumidores del Morfeus abarcaría a todo el mundo, sin excluir niños ni ancianos.

—Hasta la penicilina puede matar si se la usa inadecuadamente. No existe ningún fármaco inofensivo, si vamos a eso.

—Su argumentación es pura demagogia. No sabe de lo que está hablando.

—Algo que usted se preocupa de recordarme cada treinta segundos.

—No cambiaré de opinión respecto al Morfeus mientras yo siga en la Pharm.

—He nombrado a Tolsada jefe del equipo que culminará el desarrollo del proyecto.

Phil se arrellanó en el sillón, observando el efecto de su carga de profundidad en el viejo. Leo aparentemente no se inmutó.

—Usted no puede hacer eso. Sólo es director de marketing.

—¿De verdad lo cree así?

Un silencio espeso siguió a su amenaza. Leo hacía esfuerzos por mantener su autocontrol, aunque se habría abalanzado al cuello de Phil si hubiese tenido treinta años menos.

—Le aseguro que el director general aprobará el Morfeus —recalcó el abogado—. Tan pronto como consulte con la central de Manchester, el proyecto se reanudará y usted quedará desautorizado y humillado. Sea razonable y evite esta situación incómoda para ambos.

—Tengo trabajo que hacer —zanjó el doctor secamente.

Phil lo contempló marcharse en silencio. Aunque la sangre le hirviera por dentro, Leo no iba a darle el placer de verle perder los nervios y ni siquiera dio un portazo al salir.

—Se ha ganado un enemigo, señor Abelson.

Phil giró el sillón. Olvidaba con frecuencia que Percival, su ordenador, siempre estaba a la escucha.

—No te he conectado esta mañana.

—Me conecto automáticamente en cuanto detecto su presencia.

—Ya. ¿Has analizado nuestra conversación? —era ocioso preguntarlo, por supuesto que lo había hecho—. ¿Ha cometido Leo alguna indiscreción que yo pueda utilizar como excusa para expedientarle?

—Yo diría que el doctor se ha mostrado bastante prudente frente a sus provocaciones. En cualquier caso, por el análisis de su registro vocal y la contractura de sus músculos faciales, le he notado muy tenso.

—Qué gran descubrimiento —ironizó Phil—. No se qué sería de la humanidad sin los ordenadores.

—La agresividad no funciona con el doctor Briz. Si me hubiese pedido consejo, le habría podido asesorar.

—Tiene edad para estar jubilado —no completó la frase. Desconfiaba de Percival y todo lo que allí dijese podría ser utilizado más tarde en contra suya—. Tus consejos llegan tarde, así que borra lo que has oído.

—Hecho.

—Ahora debes avisar al director general que deseo hablar con él esta mañana. Mientras lo haces, prepara un resumen de cincuenta folios del proyecto Morfeus para que se lo presente; si no encuentras suficiente información en la base central de datos, Tolsada te la suministrará. Envía una copia a Manchester, a la atención de Alice Zuckerman, solicitando autorización para proceder.

—Imprimiendo copias. Mensajes enviados. ¿Algo más?

—Sí. ¿Existe realmente alguna posibilidad de que el Sol se transforme en nova, como Leo dice?

—No recuerdo que el doctor haya dicho algo así.

Phil suspiró. El borrado había sido efectivo. Aunque Percival podía estar simulando que no se acordaba, y tener la conversación grabada.

—En gigante roja, sí, pero eso sucederá aproximadamente dentro de cinco mil millones de años.

—Llama a Raquel. Que deje de pintarse las uñas y pase.

—Aunque hipotéticamente, en su viaje a través de la galaxia, el Sol podría encontrarse con un objeto muy masivo, un agujero negro, que provocaría un colapso gravitatorio y la explosión de la estrella.

Raquel entró. Tenía la boca llena y las manos ocupadas con un bocadillo de huevo y jamón.

—Cómo puedes estar comiendo a todas horas y no engordar —gruñó él—. Dame un bocado. Tengo hambre.

—Vi al doctor Briz salir de tu despacho muy disgustado.

—Encuaderna el informe que está saliendo por la impresora. Tengo que llevárselo al director general ahora mismo.

—Según algunos físicos —continuó el ordenador—, el flujo de neutrinos en nuestro Sol es mucho menor del

esperado, lo que podría reducir drásticamente su ciclo de vida y en consecuencia...

—Es suficiente, Percival.

—Graba todo lo que dices —le advirtió Raquel.

—Lo sé. Y me pregunto durante cuánto tiempo recuerda lo que escucha.

Nada nuevo bajo el Sol. 247 páginas.

© José Antonio Suárez.

Reservados todos los derechos.

<http://www.joseantoniosuarez.es>